

menor *supercheria* en el juego; él desea poder decir: jamás he defraudado nada, sin que lo desmienta la conciencia: teme que la hábitud de engañar en cosas pequeñas, disminuya su delicadeza en las grandes. Todo *fraude* debería castigarse con la pérdida de uno, dos ó tres juegos, según su importancia y al juicio inapelable de los presentes.

7^a. La suma jugada ó la apuesta, debe ser tenuísima y siempre inferior al haber del menos rico de los jugadores; de otro modo no jugarían algunos por no esponerse á graves pérdidas relativamente; y otros jugarán con grave daño suyo por no aparecer mezquinos; uno y otro caso anula el placer de la tertulia ó lo deprava.

8^a. El producto de las ganancias debe ser en rigor, en ventaja comun; esta regla disminuye el disgusto de las pérdidas y neutraliza la avidez de la ganancia.

9^a. El tiempo destinado á jugar no debe esceder á los dos tercios del consagrado á la tertulia; y esta no debe durar á espensas de los deberes y de los negocios de mayor importancia.

10^a. No se debe comprometer con importunidad á jugar al que no lo apetece, como no se debe obligar á beber al que no tiene ganas.

11^a. No se deben reunir en el juego á personas enemigas, ó recíprocamente odiosas. Este es un problema tal vez difícil de resolver para el dueño de la tertulia, y para saber elegir se necesita ojo fino y práctica de mundo.

CAPÍTULO VI.

DEBERES EN LAS TERTULIAS.

§. 1^o Atencion.

LA atención en los círculos sociales se divide en dos ramos diversísimos. Comprende el primero aquella afectuosa sensibilidad, que imagina las necesidades de los presentes y las previene ó auxilia; la segunda comprende las actitudes esteriorres demostradoras de que el discurso de otro ocupa enteramente nuestro ánimo.

Supóngase una señora que, animada de la indicada sensibilidad, dirige una conversacion, y observemos sus efectos. La prontitud con que responde á las preguntas, hace suponer que su atención está toda ocupada en las respuestas; pues no hay que engañarse; porque ella se divide, se multiplica, y está presente á todos los pensamientos de los concurrentes: no se escapa una mirada que ella no vea; no se forma un deseo que ella no conozca; no se profiere una palabra que ella no escuche; no hay individuo en la reunión á quien ella olvide. En efecto, allá en un rincón ella observa quien no habla por timidez, y le dirige con la sonrisa de con-

fianza una pregunta. Ella nota que el discurso de alguno comienza á fastidiar á los concurrentes, y entre las manos cambia el asunto con hermoso garbo. ¿Nuestro adversario nos estrecha con argumentos apretados, que ya nos muestra próximos á sucumbir? Ella viene en nuestra ayuda con una pulla chistosa. ¿Se nos escapa una palabra equívoca y á que pueda darse un siniestro sentido? Ella explica nuestra intencion y la presenta con el mas bello aspecto. ¿Se cae por inadvertencia en una equivocacion que pueda ser nociva? Ella nos saca del embarazo con su serenidad de alma. No se atreve á leer uno una carta que le es presentada en la concurrencia; mas ella pide permiso por él á los presentes, protestando que conoce su importancia. Querria uno partir y no se atreve; mas ella reprehende blandamente que se olviden los deberes en favor de los amigos, y le ordena partir so pena de incurrir en su desgracia. Ganó ella, es verdad, en el juego; pero añade que si la destreza de su compañero no hubiera corregido sus yerros, habria perdido. Hoy está libre de su punzada de cabeza, y toda su medicina fueron las sales y chistes de la reunion pasada. Obsérvese con qué complacencia detiene su mirada de cuando en cuando sobre algun concurrente, pareciendo animarse y embellecerse su fisonomía; pues, ¿se quiere conocer el motivo? Este le presentó la ocasion de ser útil á un desdichado. Sin pretender dominar en la conversacion, sabe di-

rigirla con destreza, y podria decirse que hace comparecer sobre la escena á los personajes, quedando ella oculta. Sabe hacer valer á cada uno, sin aire de proteccion, porque sabe distribuir las partes, segun la habilidad, genio y talentos de cada uno. Este ha ejecutado una bella accion de que no quiere hablar por modestia; ¿se cree que ella no la conozca? Espérese á que la tertulia sea lo mas numerosa, y ella vendrá, por decirlo así, á tomarle de la mano, y le presentará á las miradas de todos en medio de los rayos de su gloria.

Muchos escritores frequentadores de burdeles han hecho la sátira del bello seco; tenian razon: el primer deber de un viagero es ser esacto. A quien ha conocido señoras, que unian la flor de la delicadeza á las mas amables virtudes, incumbe la obligacion de una igual esactitud.

II. Mostrar que no se pierde sílaba de los discursos de otro y que se resienten las afecciones que procura inspirar el que habla, es deber tan evidente, que no necesita de esclarecimientos ulteriores, despues de quanto ya se ha dicho en el libro primero.

Conviene asistir al discurso de quien habla, como se asiste en el teatro á una nueva representacion. Por esto es grave inurbanidad cuando alguno habla, entretenerse con el abanico, con el perro ó el gato, con los guantes, con la caja de tabaco, con el sombrero, ó bien voltear acá y allá la cabeza, gesti-

cular con este, sonreír con aquel; y en suma, mostrar distracción ó un aire de semblante que no corresponda á la sensación común escitada por el discurso del que habla.

En fuerza de esta distracción cuando el discurso es continuado é interesante, nos vemos obligados á confesar que hemos perdido el hilo, y con disgusto de los otros, rogamos al que habla á que lo antude en nuestra mente.

La distracción, á mas de ser una afrenta contra el que habla, llega á turbar sus ideas, mientras que al contrario las hace recoger la atención de otros.

La distracción en la conversacion puede sernos dañosa á nosotros mismos, de tres modos: 1º nos hace repetir las mismas preguntas, lo que prueba flaqueza de memoria. Una princesa queriendo decir alguna cosa graciosa á una jóven, le preguntó cuántos hijos tenia: tres, respondió la jóven. Un cuarto de hora despues se repitió la misma pregunta, á causa de la distracción de la primera. La dama replicó, que como no habia parido despues de la pregunta que se tuvo la bondad de hacersele, le quedaban todavia los mismos tres.

2º Nos hace cometer equivocaciones que nos hacen ridiculos. Un negociante á quien se dijo que suscribiera una fe de bautismo de uno de sus hijos, escribió: *Pedro y compañía*. No advirtió su yerro sino despues de las carcajadas de los presentes.

3º Nos hace descubrir los sentimientos de nuestro ánimo contra nuestra voluntad. Una dama á presencia de su marido hablaba de la destreza de que habia usado un galante para introducirse en la casa de una señora á quien amaba, en ausencia de su esposo. “Pero entretanto que se hallaban en sabrosas pláticas, hé aqui que el marido toca á la puerta. *Imagínate el embarazo en que me encontré entonces.*” La verdad escapada á la muger, no puso en menor embarazo al desgraciado marido.

Suelen ser causa de distracción: 1º, el aburrimiento producido por un discurso poco interesante ó ya conocido y el poco concepto que se tiene de quien habla; por esto somos á veces nosotros mismos causa de la distracción de otros: 2º, la habitual irreflexion que deja vagar desenfrenadamente á la fantasía, sin consideracion á la realidad de las cosas de que estamos rodeados: 3º, el deseo de responder por vanidad ú otro sentimiento. Cuando alguno habla, otros concentran el pensamiento sobre lo que deben responder. Ocupados enteramente de la respuesta, no les queda ningun grado de atención para lo que escuchan. Temiendo que se les escape la idea que quieren esponer, su espíritu se ocupa en conservarla y en impedir que otras reemplacen su lugar: 4º, el distraido es una cabeza débil que se deja dominar de las ideas que le pasan por la fantasía, ó un hombre vano, que se finge ocupado en grandes pensamientos.

Pretender mostrarse filósofos, apareciendo distraídos y groseros, es pretender mostrarse ricos con una capa remendada. Quien añade al cultivo de las ciencias maneras nobles y decentes, da prueba de fuerza de ánimo como dos, mientras que al contrario sin ellas la dá como uno; porque si la rusticidad es natural, la finura es hija de la educación; así, rigurosamente hablando, en vez de ensalzarse, se degrada el distraído, puesto que si él prueba ó puede probar que basta para cultivar las ciencias, no basta para cultivar estas y á sí mismo. Se puede ser sabio sin ser malcriado. Las ciencias quieren que pasemos de la soledad y el retiro á la sociedad, vueltos mas amables, porque quieren secuaces y no estúpidos admiradores ó enemigos.

§ 2º Bondad.

Sobre la frente del hombre bueno es casi estraña la severidad, mientras que no pocas veces aparece sobre su lábio una digna y agradable sonrisa. El hombre bondadoso no se ofende de una indiscrecion; no hace ruido por un descuido de otro; disimula las faltas de respeto y obsequio, que no pueden atribuirse á intencion depravada. No desdeña ocuparse de frivolidades, si agradan á otro; y en las compañías de placer, no consulta á su propio génio sino al ajeno. Tampoco rehusa oír á los imbéciles que nada dicen, y los tolera, lejos de rechazarlos. Al anuncio de un vicio, él se inclina á ponerlo en

duda; y si el vicio es cierto, recuerda el arrepentimiento que podrá borrarlo. De aquí es, que toma con frecuencia la defensa de los ausentés, y concluye, hasta donde puede, de un modo análogo al que usó Bolingbroke, cuando oyó despedazar la reputacion de Malbourough: Él tenia tantas virtudes, que he olvidado sus vicios.

Él escusa los defectos de otro, aun á espensas de la verdad, cuando de ello no resulta daño á nadie. La mentira que produce un bien, vale mas que la verdad que ocasiona un grave mal. En efecto, si por la primera se ha logrado salvar la vida de muchos desgraciados, sin ningun delito de su parte, sino por la tiranía de los hombres, no podrá dejar de aplaudirse este medio de que se vale la piedad, mientras que reprobamos en un ridiculo santurrón el que por no faltar á los ápices de lo cierto, condena tranquilamente á una ruina indefectible á toda una generacion, que no incurrió en otro crimen que el de una liviana indiscrecion. Aun los moralistas mas severos distinguen el dolo bueno del malo.

Él es el primero en suscribirse á un proyecto de beneficencia; y no está lejos de importunar para lograr un beneficio en favor de un menesteroso.

Él tiene la delicadeza de dar á un beneficio la apariencia de obligacion, y cuenta como el primer placer el de beneficiar (*). Es inútil añadir que él

(*) Turenna habiendo visto en su ejército un oficial honra-

se abstiene de las comunes demostraciones de lábios afuera, desacompañadas del deseo de ejecutar y que deben llamarse

Engaño grave en mentira ofrecido.
Ser severos con sus semejantes, es olvidarse de cuantas cualidades estamos desprovistos, de cuantos defectos hemos sido preservados por el puro acaso, cuantos objetos, cuantas circunstancias influyen sobre las debilidades de los hombres.

Más para ser bueno no hay necesidad de ser imprudente; y recuérdese que la bondad inclina naturalmente á juzgar á los hombres, no como son, sino como debieran ser; cuya ilusion es agradable, porque nos liberta de las espinas de la desconfianza, y es fuente muchas veces de muchos y graves yerros.

30 Modestia.

Entiéndese por modestia aquella virtud, que se abstiene de prevalerse de los propios talentos y la

do, pero pobre, provisto de un mal caballo, lo invitó á comer, y cuando concluyeron, le dijo aparte con particular bondad: "Yo debo haceros una súplica, que acaso hallareis ser un poco atrevida; mas espero que no rehusareis nada á vuestro general. Yo soy viejo y algo achacoso: los caballos demasiado briosos, me causan disgusto é incomodidad; vos teneis uno que me sería muy cómodo. Si no temiera pedir os un sacrificio muy costoso, os rogaria que me lo cedierais." El oficial no respondió sino con profunda reverencia; fué á tomar su caballo y lo llevó á la cuadra de Turenna. Este general, al día siguiente, le despachó uno de los mas hermosos y mejores caballos del ejército.

propia habilidad de una manera desagradable á aquellos con quienes vivimos.

Es verdaderamente una virtud, porque logra reprimir la tendencia natural, que impele á cada uno á escaserar los propios méritos y prendas, y hacerlas sentir á los demás.

Hombre alguno no habrá bajo la luna,

Que su ingenio cambiase con Platon,

A pesar que no sepa cosa alguna.

Preténdese cada uno un Salomon,

Y en sustancia se juzga para tanto

Que del saber él solo sea el blason.

De aquí es que crece la inmodestia en razon de la ignorancia, ó por mejor decir, del falso saber; así dice La Bruyere: *El vanaglorioso, misto de tonto y petulante, está entre estos dos extremos.*

Un juicio demasiado favorable de nosotros mismos, ofende á nuestros semejantes, los cuales, queriendo juzgar libremente nuestras acciones, ven con desagrado, que se asigne uno á sí mismo en la opinion un rango ó recompensas que ellos no han asignado.

El hombre modesto semeja á aquellas flores, que humildes tallos no ostentan á la vista, pero que solo su perfume las hace conocer.

La modestia dá á los talentos, á las virtudes y á las habilidades aquel encanto, que añade el pudor á la belleza.

"Dejemos, dice Gozzi, el recomendarse á sí mismos á los que temiendo de sí y de sus obras, in-

“tentan sostenerlas con puntales, como los edificios
 “viejos y ruinosos. Jamas se separe de nosotros
 “aquella honrosa modestia, que es gracia y condi-
 “mento de todas las virtudes, y las hace mas que-
 “ridas y apreciadas. Cuánta seria nuestra jactan-
 “cia, si quisiéramos privar á las gentes de la fácil-
 “tad de dar su propio juicio sobre nosotros! ¿Por
 “qué hemos de querer ser maestros de cuantos nos
 “escuchan, y mandar á cada uno que nos hable á
 “nuestro modo? Y si lo entendiesen de diversa
 “manera que nosotros, ¿qué sucederia? Nuestras
 “voces quedarian ofuscadas en el inmenso torbelli-
 “no de las contrarias, y seriamos juzgados como
 “unos mentecatos. Por lo que á mí hace, así lo
 “pienso, y tengo por seguro que obraria inútilmen-
 “te el que contra todo viento y marea, quisiera ser
 “bastante con sus miserables fuerzas.”

Conforme á los principios espuestos, ha introdu-
 cido el uso en las conversaciones amigables ciertos
 modos de decir, que lejos de mostrar confianza es-
 cesiva en nuestro juicio, dejan notar la duda y
 desconfianza. Franklin dice que conservó el há-
 bito de no emplear jamás en las cuestiones las pa-
 labras *ciertamente, seguramente, indudablemen-
 te*, y otras semejantes, que lo mostrasen irremovi-
 ble en su opinion. “Yo decia mas bien, añade: *Creo,
 supongo, me parece que la cosa así sea por tal ó
 cual causa; ó bien, la cosa es así, si no me engaño.*

“Pues que los objetos de la conversacion son ins-

“truirse ó instruir á otros, agradar ó persuadir, es
 “muy de deseár que los hombres inteligentes y bien
 “intencionados no disminuyan el poder que tienen
 “de ser útiles, afectando esplicarse de un modo pre-
 “suntuoso y positivo que siempre desagrada á los
 “que escuchan, y no es propio sino para escitar
 “oposiciones y prevenir los efectos por los cuales
 “fué dado al hombre el uso de la palabra.”

“Si quereis instruir, recordad que un tono afir-
 “mativo y dogmático, proponiendo vuestra propo-
 “sicion, es siempre causa de que se procure contra-
 “deciros y de que no seais escuchado con atencion.
 “De un lado, si deseando ser instruido y aprove-
 “chase de los conocimientos de otros, os explicais
 “como persona fuertemente obstinada en su modo
 “de pensar, los hombres sensibles y modestos que
 “no aman la disputa, os dejarán tranquilamente en
 “la posesion de vuestros errores. Siguiendo un
 “método orgulloso, raras veces podreis esperar el
 “agradar á vuestros oyentes, de captaros su bene-
 “volencia y de convencer á los que deseabais agra-
 “dar con vuestros pensamientos (*).” Nunca tie-

(*) El abate Polignac sabia presentar tan bien sus ideas con
 aire noble y modesto, que el papa Alejandro VIII le decia: Pa-
 receis siempre estar de mi opinion; pero al fin de la cuenta, la
 vuestra es la que prevalece.—Luis XIV despues de haber escu-
 chado al mismo abate, sobre la negociacion de las proposicio-
 nes del clero galicano, dijo: He estado hablando con un hom-
 bre jóven todavía, que siempre me ha contradicho y siempre
 me ha gustado.

ne la razon mayor imperio, que cuando se presenta no como ley que deba seguirse, sino como una opinion que pueda merecer el ser ecsaminada; por esto en las reuniones de Filadelfia se pagaba una multa siempre que se hacia uso de una espression decisiva y dogmática. Los hombres mas intrépidos en su certidumbre estaban obligados á emplear las fórmulas de la duda y tomar en su lenguaje el hábito de la modestia, la cual aun cuando se fijase en las palabras, tenia ya la ventaja de no ofender el amor propio de otro, sino que, por la influencia de las palabras sobre las ideas, debe extenderse finalmente sobre las mismas opiniones.

Las personas urbanas, sabiendo que la vanidad de otros sufre cuando se ve convencida, suelen terminar la disputa con un chiste, para mostrar que no se irritan de la oposicion, que no quieren ofender á su antagonista, ni que se envanecen del triunfo.

§ 4º. *Continuacion del mismo asunto.*

Como la sola sombra de la pretension ofende el amor propio, por esto se regalan tal vez sin razon los títulos de vano, soberbio, arrogante, y sin razon tambien se declaran ofensivas las justas razones con que la inocencia y el mérito revindican sus derechos. Obligado frecuentemente el hombre grande á imponer silencio al orgullo altanero, hace conocer lo que es, se levanta con su poder y domina delante de la mediocridad impertinente que quisiera envilecerlo.

..... De modestia
No es tiempo, que voz de honor me llama.

En efecto, la verdadera modestia es como la verdadera valentía, que jamás ultraja, pero que sabe rechazar los ultrages, á menos que el que los hace sea un vil al grado de no merecer sino el desprecio. ¿Quién habria podido tachar de arrogancia á Ciceron, cuando vuelto del destierro, se preciaba de haber salvado á los dioses del Capitolio, al senado de las venganzas de Catilina, y al pueblo del yugo y la servidumbre? ¿No era justo que mostrase á sus enemigos borrado su nombre, destruidos sus monumentos, su casa demolida y los oprimiese con el peso de su gloria?

Dejando aparte el caso bastante raro de Ciceron, y consultando á la esperiencia diaria, veremos que *el esternar un justo desprecio á otros y una justa estimacion para sí, es justificado por la insolencia de otros.*

¿Qué diremos de los que escriben su propia vida? El severo Tácito no ha osado reprocharlo á muchos famosos ingenios de la antigüedad, que publicaron sus acciones, no por ostentacion y vanagloria, sino por aquella confianza que inspira la probidad.

Alfieri, que nos ha dejado su vida, confiesa candidamente que el hablar y mucho mas el escribir de sí mismo, procede de mucho amor propio. Despues de esta ingenua confesion, justifica el autor su conducta de la manera siguiente:

“Habiendo escrito mucho hasta aquí, y acaso
 “mas de lo debido, es muy natural que algunos de
 “los pocos á quienes hayan agradado mis obras (si
 “no entre mis contemporáneos, entre los que ven-
 “drán despues) tendrán curiosidad de saber quién
 “yo haya sido. Esto puedo creerlo, sin pretender
 “por ello lisonjearme; puesto que de cualquier otro
 “autor, mínimo en su valor, pero voluminoso en
 “sus obras, se ve todos los días escribir, ó leer, ó
 “vender al menos su vida. Así, aun cuando no
 “hubiese otra razon, es cierto que muerto yo, un
 “cualquier librero por sacar algunas monedas de
 “una nueva edicion de mis obras, pondrá por de-
 “lante una cualquiera mi vida. Y probablemente
 “será escrita por uno, que poco ó nada me habia
 “conocido, que habrá sacado sus materiales de
 “fuentes dudosas ó parciales; de que resultará que
 “la tal vida, si no otra cosa, será menos veraz de la
 “que yo pueda dar de mí mismo. Y esto tanto
 “mas, cuando que estando á sueldo el escritor por
 “el editor, suele hacer siempre un insulso panegí-
 “rico del autor que se reimprime, estimando los
 “dos dar así mejor salida á su mercancia.”

El ilustre Alfieri, pues, bien persuadido de que
 su nombre viviria grande y glorioso mientras que-
 dare sobre el globo una chispa de buen gusto, es-
 cribió su vida, para que no fuese presentada á los
 pósteros bajo un aspecto falso por la adulacion es-
 tulta y mercantil.

Esta defensa es modesta al mismo tiempo que sa-
 gaz. Habria debido añadir el autor, que aun el es-
 piritu de partido se dedica frecuentemente á escri-
 bir vidas ó novelas, y es amplio en censuras ó ala-
 banzas igualmente contrarias á la verdad.

“Osian, dice Cesarotti, no tiene dificultad en
 “hacer sentir la justa estimacion que se habia gran-
 “geado entre su nacion. El hombre grande es sin-
 “cero; habla de sí mismo como de los demás, y es
 “igualmente justo con todos. La decencia moder-
 “na es mas melindrosa en este punto: no osando
 “los hombres alabarse en público, se adulan mas
 “libremente en secreto, y se creen con derecho de
 “resarcirse de su fingida modestia con deturpar la
 “fama de los demás. Así no hemos ganado sino
 “virtudes aparentes y vicios reales.”

Esceptuados los casos de defensa indicados arri-
 ba, parece que el juicio de Cesarotti raya en lo fal-
 so; porque quien celebra los propios méritos, en vez
 de hacer hablar á otros en su favor, los hace callar;
 en vez de procurarse admiradores, se forma enemi-
 gos; y por esto será siempre preferible el digno si-
 lencio de la modestia. *Cuanto es mayor el mérito
 es mas modesto.* Si fuera menester confirmar esta
 idea popular con autoridades, podria escogerse
 entre los antiguos á Caton, quien segun Salustio,
 hacia grandes cosas sin ruido, y habria podido
 decir

Cedo en hablar á todos, mas no en obrar.

Entre los modernos puede indicarse al poeta Despreaux, que escitado por un grabador á hacer un verso para su retrato: "Yo no soy tan poco avisado, respondió, que diga bien de mí, ni tan necio para decir mal."

§ 5º *Respeto á las preocupaciones.*

Los jóvenes, no conociendo todavía por experiencia cuántas son las pasiones que velan por la conservación de los errores, ignorando que entre estos hay una fortísima liga, y tal que sacudiendo uno se resienten los demás y corren en su defensa; los jóvenes, se dan á creer que pueda ser proclamada toda verdad á presencia de cualquiera, y admíranse de que se les opongan obstáculos. ¿Cómo ha podido el sensato Bondi mirar el respeto á las preocupaciones como una *liga inventada por el capricho y por la moda?* Si alguno, entrando á una mezquita llena de adoradores de Mahoma, gritase en alta voz, que Mahoma era un impostor, ¿es creíble que hiciera muchos prosélitos y que no fuera despedazado por los circunstantes? Pero sin querer todavía calcular los daños á que se espone el que predica una verdad imprudente, es preciso convenir que ofendiendo las preocupaciones contrarias, no se allana el camino, sino que se le hace mas escabroso. En efecto, es cosa difícilísima convencer á un hombre despues que se ha ofendido su amor propio.

Si el sol, dice d'Alembert, llega á iluminar por un instante á los habitantes de una oscura caverna, y vibra impetuosamente sus rayos sobre sus ojos todavía no dispuestos y preparados, y por ello los irrita con exceso, les hará por siempre odioso el esplendor del dia, cuyas ventajas aun no conocen y sí sienten el dolor que les causa. Si por el contrario se introdujese en esta caverna un débil rayo, que por grados insensibles vaya creciendo, se logrará demostrar el precio de la luz, y los mismos habitantes solicitarán su aumento. Por la misma razon conviene moderar la luz de la verdad y aguardar que el entendimiento se suelte poco á poco de las falsas ideas que lo oscurecen, se haga gradualmente mas fuerte, y se habitúe y familiarice con el nuevo huésped que todavía no conocia.

Pretender que todos los entendimientos admitan desde luego las mismas verdades, es pretender que todos los estómagos digieran los mismos manjares.

La urbanidad nos impone, pues, un deber de conocer el carácter personal y la situacion de los que concurren á una acostumbrada tertulia, para que nuestras ideas y afecciones no vayan á chocar contra las de los otros concurrentes y se rechacen con sentimiento recíproco.

§ 6º *Velo á las antipatías.*

El desprecio que merece la vil adulacion, ha inducido á hacer un diverso elogio de la *franqueza*, y recomendarla como *virtud absoluta*.

La máxima de encubrir las propias antipatías, como la de respetar las preocupaciones, ha sido mirada por muchos escritores como una alianza inventada por la moda y el capricho. Se dice que es dar prueba de integridad, cuando de acuerdo el corazón con la lengua, representan las palabras los sentimientos.

Cada uno conoce por otra parte, ó al menos percibe confusamente, que si merece desprecio un cortesano que nos protesta estimación, afecto y amistad, mientras que en el interior de su ánimo se ríe de nosotros, mayor desprecio merece un cínico que viene á decirnos sin necesidad: Yo os abomino, os detesto.

Así, pues, entre la mentirosa adulacion y la excesiva franqueza, debe haber un medio. Su necesidad está demostrada por tres razones.

1.^a El amor propio de cada uno, ávido constantemente por grangearse amigos y admiradores, se lisonjea fácilmente de hallarlos por todas partes y siente en sí nacer y crecer el disgusto en razon de las personas de quienes se ve despreciado.

2.^a El desplacer resultante del desprecio, es fuente copiosa de antipatías, animosidades y odios, y por tanto de gravísimos daños sociales.

3.^a Nos engañamos fácilmente en la opinion que formamos de otros, y nos vemos muchas veces obligados á retractarla, sin lograr por esto juzgar mas sanamente.

De aquí es, que cuando alguno conforme á su sentimiento interior dice á otro que le desprecia, está siempre seguro de que le causa un dolor; pero no lo está de acertar con la verdad. Y bien, excepto el caso de necesidad, es preciso ser ó cruel ó loco para ocasionar á otro un dolor que puede ser injusto y crearnos un enemigo que pueda sernos funesto.

Hay quienes digan, que siempre es un placer explicar los sentimientos tales como nacen en nuestro ánimo, al paso que se experimenta pena en reprimirlos, y que por otra parte no se tiene necesidad de ninguno.

La primera parte de este raciocinio es siempre cierta; mas la segunda siempre es falsa en el estado de sociedad. Yo no tendria necesidad de Pedro, y acaso sin daño presente ni futuro podria decirle que lo despreciaba; pero esto no puede verificarse con todos los hombres. Éntrese en una conversacion con aquella franqueza tan encomiada por algunos escritores, y presentándose uno sucesivamente á cada cual, dígase á éste: Pretendeis agradar á todos y todos se rien de vos; al otro: Sois tan necio que me causais lástima; á un tercero: No sabria decirnos el motivo; pero siento una aversion la mas grande contra vos, &c. Si se procede de esta manera, parece cierto que todos se levantarán para echar á ese petulante fuera de la tertulia, y no con caricias, sino á bofetadas.